

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica

1930

Sábado 5 de Julio

Núm. 1

Año XI. No. 497

SUMARIO

A la estatua del Libertador.....	Miguel Antonio Caro	Loor a Pedro de Gante.....	Rafael Heliodoro Valle
Una América pindárica.....	Arturo Capdevila	La razón de estado en Bolivia.....	
Hay que sustraerse a la voracidad de la Bananera.....	Juan del Camino	Fragmentos de <i>El Antócrata</i>	
La relatividad de Einstein y la relatividad de García de la Concha.....	Andrés Avelino	<i>Bibliografía titular</i>	
La entrega de las plantas eléctricas a los extranjeros.....	Valerio Bolevo Isaza	Como mira el poeta a Bolívar.....	Guillermo Valencia
El reposo de Sandino.....	César Falcón	Un homenaje internacional a la Poesía.....	Paul Vanderborght
Gabriel Miró.....	Ricardo Baeza	Discurso del Dr. R. Tirado Macías.....	Camilo Cruz Santos
Renglones autobiográficos.....	Gabriel Miró	Tablero (1930).....	
La obra de los misioneros.....	Rubén S. Orcillo	Laceria.....	Max Jiménez

Una América pindárica

=De La Prensa. Buenos Aires=



Si un poeta de hoy cantase con divino estro las victorias del *ring*, las proezas de un boxeador invicto, las glorias del football, o todavía, si se quiere, algo tan grande como la hazaña de un aviador atravesando de un solo vuelo tierras y mares: ¿habría por ello resucitado Píndaro? A fe mía que Píndaro podría resucitar y cantar a los modernos campeones del deporte, sin que por ello hubiese nada del genuino espíritu pindárico en sus nuevas odas magníficas. A fe mía que Píndaro podría cantar muy mayores hazañas aun que las de su Grecia sin que lograrse, cantándolas, ni un solo son parecido a los que diera en la antigüedad su lira casi órfica.

Grandioso era el escenario antiguo; maravilloso el templo de Júpiter, aquel de la victoria dorada; soberbias sus puertas de bronce; cosa enorme las evocaciones míticas de sus bajos relieves; mármol blanco el pavimento; marfil y oro la estatua; y todo el contorno, campo glorioso. Pero, con esto y más ¿no es mayor estadio el que ofrece hoy el mundo todo? Empero, Píndaro no vería en la unida redondez planetaria símbolo alguno que justificase nuevamente su presencia.

Yerra el que piensa que en el canto pindárico sólo impera el entusiasmo por la fuerza triunfante. Yerra más el que sólo ve en el poeta tebano un adulator de reyes. Y poco sabe de las olimpiadas y poquísimo de todos los antiguos juegos el que los juzga no más que vistosos certámenes de aurigas espléndidos. Nada que quede tan lejos de las grímpolas del puro deporte como aquellos concursos sagrados. ¿Sagrados? Aquí está precisamente el signo característico de tales fiestas solemnes: que no de otro modo las llama Isócrates en el Panegírico.

Allí se daba tregua a las pendencias; allí se renovaba la natural alianza de todos los griegos; allí se reconocía "el deudo y parentesco de todos". Y no solamente gallardeaba el atleta, sino que la elocuencia y la poesía, el saber y la gracia se ofrecían entonces al pueblo como los verdaderos genios de la paz: que era el momento justamente elegido por la diplomacia para ajustar mejores normas entre las ciudades hermanas. Asambleas inspiradas en un común anhelo de unión y de paz: eso fueron los antiguos juegos. Por eso estaba prohibido, durante toda su celebración, llevar armas. Ni se olvide que, de regreso, el vencedor entraba a su ciudad por una brecha abierta en el muro, significando

que la paz helénica volvía innecesarias las murallas.

Eran los juegos, además, como la demostración palmaria—grata al espíritu racionalista de los griegos—de las recíprocas ventajas del mutuo entendimiento. El comercio prosperaba con estas fiestas mucho más que con las guerras mejor acabadas. Artes y ciencias recogían precioso estímulo. El mar se llenaba de canciones. Con seguridad que las obras públicas aumentaban la dicha de todos. En tales tiempos olímpicos, Herodoto presentó a la meditación de sus compatriotas estas claras conclusiones: "Son los helenos de la misma sangre, hablan la misma lengua, tienen los mismos dioses, los mismos santuarios, iguales sacrificios y usos iguales". Entre los propios mercaderes corría persuasiva la voz de la unión tradicional: "Cierto, todos los griegos descendemos de Deucalión". Y con todo esto conseguía romperse aquella tan triste paradoja griega que consistía en estimarse los unos a los otros como única gente estimable, y detestarse a la vez.

Un impulso moral formidable, semejante sólo al que en años de Orfeo abatió el culto criminal de Hécate, instaurando los grandes días de Apolo, preside en cierto momento la política de los juegos. Los santuarios, mediante el vínculo superior de la iniciación, se entienden por encima de las fronteras. La Sicilia puede ser tan griega como Atenas. La obra magna cuenta con los hombres que necesita. Los mitos se reconcilian en Apolo. Los pueblos, en el canto de Píndaro. Y todo cobra en las fiestas un sentido armonioso. La lucha va acompañada, diríamos, del baile y de la música. Y para fijar en un solo trazo el espíritu antiguo, recordemos que el box helénico—la manopla—era precisamente lo

contrario del box actual, al punto de que se asignaba la más elegante victoria al que, sin haber dado ni recibido un solo golpe, fatigaba y postraba primero al adversario. A tal extremo era un soplo del espíritu el que animaba aquellas memorables peregrinaciones.

Pero ¿qué es lo que canta Píndaro? Este poeta-sacerdote, este hijo religiosísimo de los santuarios, canta primero que nada las viejas tradiciones, las no olvidadas leyendas, los dioses comunes. Él ignora las disensiones fratricidas. Su canto señala siempre la tregua de todas las enemistades. Que Tebas esté en guerra con Atenas, no le importa. El hijo de Tebas no dejará por eso de llamar a Atenas "celebérrima, espléndida, gloriosa, baluarte de Grecia". Su amor a la patria toda se alza valerosamente por sobre las reyertas civiles.

Escuchemos todavía más de cerca el canto religioso de Píndaro. ¿A quiénes elige para su elogio sino a los más virtuosos varones? Así, a Hierón de Siracusa, que "protege con su cetro justiciero a la Sicilia y coge la flor de todas las virtudes"; a The-rón de Agrigento, que se sobrepuso a las vicisitudes de la fortuna y honró siempre a los dioses, hombre de tanta filantropía que de él decía: ¿Quién podrá nombrar jamás a todos los hombres que colmó de beneficios? Así, a Somis de Camarina, hospitalario con los extranjeros, que tenía un alma pura, "educada en el amor de la paz, que es la salud de los pueblos". Así, al grande Agesias, que mereció ser llamado sacerdote del altar profético de Zeus, hombre sin envidias para mayor perfección. Píndaro escribe con letras de oro los nombres de los vencedores, cuando su honrada fama lo merece. Para ser cantado por él no basta llamarse Alcimedón de Egina. Lo primero es haberse hecho célebre por la recta decisión de los litigios.

Trátese de hombres o de pueblos, un rasgo será exaltado entre todos por el canto pindárico: "el honor de las más altas virtudes". ¿Qué ciudades, por ejemplo? Corinto, ilustre por sus invenciones; Agrigento, renombrada por hospitalaria; Rodas, "la novia del Sol", grata a Palas; Egina, la preferida de Themis, "faro de justicia para los extranjeros"; Oponte, "la de las buenas leyes".